

sobre Dolitz. Ante todo lanzó á los granaderos de Turín y de Toscana sobre los bosques que rodean este punto, y después con los fusileros de la guardia se dirigió á Dolitz mismo para entrar allí á la bayoneta. Había que cruzar un brazo del Pleisse, y luego había que empeñarse en una serie de haciendas contiguas, dependientes de un viejo castillo. Con tanto empuje dió esta carga, que cruzó el Pleisse, atravesó por entre las haciendas una tras otra, mató á bayonetazos á cuantos le opusieron resistencia, y tomando la delantera al contrario hasta en el mismo castillo, cogió prisioneros á todos los que halló al paso. De esta suerte capturó al general Merfeld con dos mil hombres.

Ya eran las cinco y se aproximaba la noche. Después de proveer Napoleón á este accidente de su derecha, no se podía resolver á no intentar un postrer esfuerzo sobre el centro del enemigo. Aun se mantenía Víctor en Avenhayn, y de consiguiente sólo faltaba apoderarse de Gulden-Gossa. Imperturbable Lauristón en medio de un horrible fuego, experimentó pérdidas enormes: sin embargo, le quedaba el general Maisón, herido de muchos balazos, no teniendo más que las reliquias de su división en torno suyo, si bien insaciable de peligros hasta conquistar á Gulden-Gossa. Seguido de Mortier entró Maisón en esta fatal aldea. Su triunfo podía decidirlo todo, cuando avalorando Barclay de Tolly el peligro lanzó allí la división prusiana de Firch, apoyada por la guardia rusa. Ésta, á impulsos de un esfuerzo desesperado, recuperó á Gulden-Gossa. Una vez más trató Maisón de penetrar en su recinto; pero una obscuridad profunda separó al fin á los combatientes. Quedando fuera Maisón como un león rugiente, estaba allí privado de las cinco sextas partes de su división, cubierto de heridas y desconsolado á causa de detenerle la noche. A la otra mañana dijo estas nobles palabras á sus soldados: «¡Hijos míos, hoy es el último día de Francia; forzoso es que hayamos perecido para la noche!» Estos hijos heroicos satisficieron su compromiso, pues no sobrevivieron mil de ellos. Tal fué el último alto de la batalla del 16 de octubre, batalla terrible y llamada de Wachau. Muertos ó moribundos sembraban la tierra cerca de veinte mil hombres de los nuestros y treinta mil de los coligados.

Pero no se limitaba á esto la horrible efusión de sangre humana. Otras dos batallas se dieron el mismo día, una al Oeste y otra al Norte de Leipsick, una sobre nuestra derecha en Lindenau, y otra á la espalda en Mockern. En Lindenau se las hubo el general Margarón con Giulay, y salió airoso, aunque sin otra ventaja que la de repeler al enemigo y quedar dueño del campo de batalla.

En esta aldea de Lindenau presentaba el terreno una meseta, rematada hacia el Elster de pronto, si bien inclinada en forma de glacis hacia la llanura de Lutzen. Posible era de consiguiente defenderla con bastante ventaja, sobre todo teniendo seguros los puentes del Elster y del Pleisse, situados á la espalda. Sólo se corría el peligro de ser rebasados por la derecha hacia la aldea de Leutzsch, por la izquierda hacia la de Plagwitz, situadas á orillas del Elster la una y la otra. Efectivamente, los brazos de este curso de agua se hallan tan divididos hacia aquel lado y tan mermados por su división misma, que eran de facilísimo paso, cabiendo en

lo posible engolfarse de este modo por entre los pantanos y los bosques y rebasar por tanto el puente de Lindenau, lo cual hacía caer la posición toda. Así Giulay, ejecutando un ataque directo sobre la meseta delante de Lindenau con la caballería de Thielmann y la infantería de Lichtenstein, dirigió ataques laterales por Leutzsch de un lado y por Plagwitz del otro. Aún penetró en estas dos aldeas y lanzó más allá del Elster á los tiradores por los bosques. Pero manteniéndose Margarón con su artillería y cuatro batallones sobre la meseta, encaminó, ora hacia Plagwitz, ora hacia Leutzsch, columnas de infantería que, cargando sucesivamente á la bayoneta, recuperaron las aldeas y libertaron sus dos alas. Ocho ó nueve mil hombres contuvieron á veinticinco mil enemigos, y quizá acabaran por sucumbir á pesar de todo si la vista de la división de Morand del cuerpo de Bertrand, alineada entre Lindenau y Leipsick, no intimidara al enemigo y atajara sus empresas. Este combate nos costó mil hombres y lo menos el doble á los austriacos. Quedando dueños de Lindenau, podíamos siempre tornar á abrir el camino de Lutzen.

En Mockern fué más formal la lucha, sobre todo por el número de los combatientes y por la extensión de la matanza. Sospechando el general Blücher que iba á empezar la batalla decisiva, y no queriendo dejar expuesto al príncipe de Schwartzberg á que la diera solo, no pudo permanecer quieto desde que oyó el cañoneo el día 16 por la mañana, y marchó por el camino de Halle, que desemboca hacia el Norte de Leipsick. Al partir envió oficiales á Bernadotte para enterarle de la situación de las cosas y darle prisa á que llegara. Sus relaciones particulares con los estados mayores prusiano y ruso le daban además grande influencia sobre aquella tropa, y le hacían esperar que al cabo respondería á su llamamiento. Pero no se podía verificar el 16 de octubre: así sólo avanzó con cautela, recelando, á pesar de reconocer distintamente la artillería del príncipe de Schwartzberg, no distante más de tres leguas hacia el Sur, que la mayor parte del ejército francés se le echara encima. Contaba cerca de sesenta mil combatientes; pero si tropezaba con ochenta ó noventa mil contrarios, le podía salir muy funesto el lance. Le inspiraba temores la vista de nuestras columnas remontando el Duben á Leipsick, y cuidó de situar en observación al general Langerón sobre el camino de Dolitzsch. En el centro colocó el cuerpo ruso de Sacken entre el camino de Dolitzsch y el de Halle, y sobre éste, que llevaba en derecha al Norte de Leipsick, puso el cuerpo prusiano de York, el más animado de todos, porque era alemán y prusiano. Estas precauciones originaron que no diera vista á Leipsick hasta las once de la mañana, no pudiendo distinguir de la batalla que se daba al Sur cosa alguna y oyendo sólo un formidable cañoneo. Delante tenía cerca de veinte mil hombres, retirándose de Breitenfeld y Lindenthal sobre Leipsick muy despacio. Era el cuerpo del mariscal Marmont ejecutando la orden que se le dió por la mañana de retirarse sobre Leipsick y de cruzar esta ciudad para ir á formar la reserva del grande ejército. No obstante, esta orden era condicional y subordinada á lo que aconteciera sobre el camino de Halle. Presentándose allí el enemigo con bastante fuerza, quedaba anulada la orden de hecho, y resistir

al ejército de Blücher venía á ser el deber indicado, deber que el mariscal Marmont estaba dispuesto á llenar en toda su amplitud.

Ardua era la posición para el mariscal Marmont á causa de la inferioridad del número y de ciertas circunstancias locales. Ante todo no tenía más que veinte mil hombres á la mano, y escasamente contaba con los socorros que le podían ser enviados, viendo cuánto necesitaba hacer cada cual por su parte. A lo sumo fundaba alguna esperanza en la ayuda de la división de Dombrowski, que Ney había dirigido hacia Euteritzsch para flanquearle. Además la altura sobre donde se había situado entre Mockern y Euteritzsch, apoyada á un lado en el Elster y el Pleisse, y á otro en el barranco de Rietschke, aunque bastante fuerte por sí misma, ofrecía un inconveniente grave, y era el de tener á la espalda este mismo barranco de Rietschke, el cual, después de seguir á lo largo el flanco de la posición, iba á caer por detrás en el Pleisse y en Dohlis. Posible era que allí fueran lanzados en el caso de ser repelidos. Así el mariscal hubiera querido cruzarlo para irse á alinear detrás del Partha. No tuvo tiempo de hacerlo por su fortuna, pues si hubiese cometido la falta de abrigarse demasiado pronto detrás del Partha, nos hubiéramos visto muy apretados en Leipsick y especialmente privados de comunicación con aquellas de nuestras tropas que aún estaban en marcha. Sea como quiera, en esta posición bastante dominante de Mockern fué donde se trabó la tercera batalla dada en este funebre día, y con una pasión digna de la acreditada en Wachau.

Entre once y doce de la mañana comenzó la lucha, desde que Blücher entró en línea. Preocupado con la vista de las últimas tropas de Souham y del parque de artillería, que remontaba de Duben á Leipsick, dejó Blücher en observación todo el cuerpo de Langerón delante de Breitenfeld, y no dirigió sobre Marmont más que el cuerpo de York y parte del de Sacken, sumando en totalidad más de treinta mil hombres.

Al pronto se dirigió á Mockern, para tomar esta aldea, sobre la cual se apoyaba la izquierda de Marmont, y atacóla con el encarnizamiento que señalaba esta funesta guerra. Allí tenía el 2.º regimiento de marina de la división de Lagrange, algo más á la espalda esta división, en el centro y sobre el declive de la meseta á la división de Compáns, á la derecha y hacia atrás á la división de Friederichs, y por último de reserva á la caballería wurtemberguesa del general Normann, y á la caballería francesa de Lorge. Ochenta y cuatro bocas de fuego cubrían su frente; y este día componían el número efectivo de sus combatientes cerca de veinte mil hombres.

Por largo tiempo fué disputada la aldea de Mockern, y rechazado muchas veces el regimiento 2.º de marina de las humeantes ruinas de esta aldea, volvió á entrar á la bayoneta en su recinto. Agobiado á la postre por el número, se vió obligado á abandonarla. Entonces el regimiento 4.º de marina y el 35.º de ligeros, formando la segunda brigada de Lagrange, ejecutaron á la bayoneta una carga furiosa, desordenaron á una de las cuatro divisiones del cuerpo de York y recuperaron á Mockern. Viendo Blücher que nada ganaba en querernos arrancar este apoyo de nuestra izquierda, hizo avanzar dos divisiones para acometer al descubierto la meseta

inclinada sobre la cual se hallaba la división de Compáns. Valerosamente se desplegaron delante de Marmont las dos divisiones prusianas, pero abrasadas por nuestras ochenta y cuatro bocas de fuego experimentaron pérdidas crueles, y vieron caer á la tercera parte de sus soldados. Una carga de caballería lo podía decidir todo, y Marmont ordenóla al punto. Por desgracia la caballería wurtemberguesa, mal dispuesta, viendo delante y sobre la derecha los seis mil caballos de reserva de Blücher, cargó tarde y débilmente, y aún á la vuelta atropelló y puso en desorden á un batallón de marina.

Así se sostuvo la pelea durante media tarde, cuando, tranquilo Blücher respecto de las tropas que había divisado á lo lejos, sabiendo que el grueso del ejército francés no estaba sobre su flanco izquierdo, dirigió el cuerpo de Langerón hacia Dombrowski para tenerle á raya, atrajo á sí el cuerpo de Sacken, y atacó la línea de Marmont con tres divisiones prusianas, apoyadas por todas las divisiones rusas del general citado. Al verlo, avanzó Marmont sobre el enemigo con la división de Compáns mandada por éste en persona. Entonces se trabó á ciento cincuenta pasos una lucha terrible y de las más mortíferas de esta guerra. Marmont recibió una herida en una mano, una contusión en un hombro, muchas balas en su uniforme, y perdió tres ayudantes de campo. Heroica firmeza acreditaron los regimientos de Compáns, y diezmando de nuevo su formidable artillería las filas de los prusianos, cubrióse de una línea de cadáveres la tierra. Un triunfo completo coronara esta resistencia, si al caer una bomba en medio de una de nuestras baterías, y al hacer saltar las arcas de municiones, no produjera desorden en aquel punto. Aprovechándose el enemigo de tal circunstancia, echóse encima de la batería y tomóla, mientras cayendo en el mismo instante muchos miles de caballos sobre la división de Compáns ya abrumada por la metralla, la obligaron á replegarse. En su ayuda corrió la división de Friederichs, pero, siendo tomada Mockern en este momento, faltándonos este apoyo de la izquierda, estando amenazada la derecha por Langerón, que se hallaba á punto de envolver á Dombrowski, le pareció prudente á Marmont emprender la retirada. Replegóse en buen orden y sin accidente, gracias á la precaución que tomó de hacer echar durante la batalla muchos puentes de caballetes sobre el barranco de Rietschke. Socorrido Dombrowski por una división de Souham, se retiró también sano y salvo, después de haberle el honor de detener en Euteritzsch á todo el cuerpo de Langerón. Así veinticuatro mil hombres tuvieron á sesenta mil en jaque, á pesar de ser de los más valientes y encarnizados. Según confesión propia del enemigo, este combate le costó de nueve á diez mil hombres. Seis mil nos costó á nosotros, con veinte bocas de fuego perdidas de resultados de la explosión.

Tal fué esta horrorosa jornada del 16 de octubre, compuesta de tres batallas, que nos arrebataron de veintiséis á veintisiete mil hombres y cerca de cuarenta mil al enemigo. ¡Triste y cruel sacrificio que cubría á nuestro ejército de inmortal honra, pero que debía cubrir de luto á nuestra infeliz patria, cuya sangre corría á torrentes para asegurar, no su grandeza, sino su caída!

Forzados en nuestra posición no lo habíamos sido por ningún punto: conservado habíamos el terreno ha-

cia el Sur entre Liebert-Wolkwitz y Wachau, y en Lindenau hacia el Oeste; lo habíamos abandonado, si bien casi de voluntad propia, hacia el Norte, y para mejorar de posición. Pero, no habiendo podido rechazar lejos uno de otro á Schwartzberg y á Blücher, de manera de no permitir que se vieran ya juntos, no estaba perdida la batalla, si bien muy pronto se podía convertir en desastre. A la sazón se aproximaba Bernadotte con sesenta mil hombres, se anunciaban cincuenta mil con Benningsen, y á nosotros sólo nos llegaban con Reynier quince mil soldados, diez mil de los cuales se hallaban á punto de sernos traidores. Por tanto, no habiendo ganado una victoria brillante, se nos podía trocar la situación en horrorosa. ¿Hubo medio de obtener un resultado decisivo en esta primera jornada del 16 de octubre? He aquí lo que ha agitado á todos los historiadores especiales, lo negado por los unos y lo afirmado por los otros. Quizá, si después de colocarse Napoleón en una situación extrema, llevara la audacia al último grado, y no dejando en Leipsick más que á Margarón para defender la ciudad tan sólo, reduciéndose además á dejar al Norte de Leipsick á Marmont y á Dombrowski sobre el Partha para contener á Blücher, atrajera á sí á Ney y á Bertrand para reforzar á Macdonald con treinta mil hombres, con los cincuenta mil combatientes de Macdonald, de Bertrand y de Ney, lanzados de nuestra izquierda sobre la derecha del príncipe de Schwartzberg, se pudiera abrumarle y precipitarle en el Pleisse. Ganada una gran victoria hacia este lado, pronto se volvieran á abrir nuestras comunicaciones con Lutzen y Maguncia, y á otro día se castigara rudamente á Blücher por los progresos que hubiera podido llevar á cabo. En lugar de esto, las tropas de Bertrand permanecieron en Leipsick casi ociosas, y las divisiones de Souham, ora encaminadas hacia Napoleón, ora vueltas hacia Marmont, perdieron todo el día en inútiles idas y venidas. De esta suerte en el principal teatro de la acción faltó una fuerza decisiva. Pero estos raciocinios, exactos sin duda, se han hecho después del suceso. Se necesitaba que Napoleón previera que Lindenau no iba á ser objeto de una principal acometida, y que Bernadotte no llegaría con Blücher al Norte y al Este de Leipsick; se necesitaba en fin que el cuerpo de Reynier no se hallara detrás y tan lejos. Justo es censurar á Napoleón, no por haber dado mal la batalla, que nadie diera mejor de seguro, sino por haberse colocado en una posición, donde, acometido á la vez por todas partes, obligado á hacer cara á toda clase de enemigos, no podía adivinar exactamente á cada instante fijo cuál sería el más apremiante y exigiría el empleo particular de todas sus fuerzas disponibles. Su conducta general, y no su conducta particular en esta jornada, es la que hay que censurar con severidad ahora como tantas otras veces (1). Sea como quiera, de repente la posición de

(1) Algunos escritores, que admitirían que nuestros generales fueron cobardes ó traidores y que se portaron mal nuestros soldados, más bien que atribuir una falta, han culpado á todo el mundo, excepto á él, del resultado de la jornada del 16 de octubre. A darles crédito, ya Murat le hacía traición en Leipsick, y por esto dió mal la gran carga de caballería ordenada por Napoleón. Ahora bien: el pobre Murat, agitado sin duda durante el invierno todo, y dispuesto un instante á seguir el impulso del Austria, se volvió á Napoleón por completo desde que se halló en su presencia, y por otro lado era incapaz de una traición sobre el campo de

Napoleón se hizo por extremo peligrosa, no habiendo rechazado lejos al ejército de Bohemia, con el fin de caer al otro día sobre el de Silesia y el del Norte.

Sin duda podía decirse que el enemigo había padecido cruelmente, y que acaso sus pérdidas le quitarían el valor de volver á empezar el combate. Posible era en rigor, y hasta verosímil, si no hubieran de sobrevenir nuevos refuerzos; pero, con el ardimiento que animaba á los coligados, con la aparición segura de Bernadotte al cabo de uno ó dos días, con la llegada probable del ejército de Benningsen, la ligera esperanza de que no volverían á empezar esta batalla horrible, no venía á ser más que la débil rama á que se ase el infeliz que rueda á un abismo. Mientras los coligados estaban casi seguros de recibir cien mil hombres, apenas aguardaba Napoleón doce mil á las órdenes de Reynier, sajones las dos terceras partes y muy dudosos, los cuales debían elevar sus fuerzas, ya reducidas en veintiséis ó veintisiete mil hombres por la jornada del 16 de octubre, á ciento sesenta y cinco mil hombres presentes, y á ciento cincuenta mil seguros; y cayéndole encima trescientos mil enemigos encarnizados y batiéndose con furia, ¿se podía lisonjear de hacerles cara con ciento cincuenta mil soldados, heroicos sin duda, si bien teniendo al frente á contrarios, á quienes el patriotismo hacía iguales suyos en el fuego?

No era posible que Napoleón se disimulara una situación semejante. Esperando todavía la víspera de esta jornada, que después de batir al principal ejército de los coligados, de los otros dos daría buena cuenta, debió experimentar una sensación muy amarga al ver á la caída de la tarde una batalla indecisa, que, en vez de

batalla. A mayor abundamiento, el sobrino de lord Cathcart, testigo ocular de la carga de Murat, y avalorando el terreno mejor que se podía hacer desde nuestro lado, ha explicado en sus Memorias, publicadas posteriormente, la causa de que fracasara la tal carga. Esta causa no fué otra que la forma del terreno á lo largo de la aldea de Guldén-Gossa, bastando verla para comprender cómo debió ser detenida allí nuestra caballería. Después de Murat, se ha querido acriminar á los otros dos lugartenientes de Napoleón, esto es, á Ney y á Marmont. Se pretende que Marmont debió volver á pasar el Partha, y que Ney no debió dejar en Leipsick á Bertrand ocioso. Ahora bien: Bertrand se estuvo en Leipsick por orden de Napoleón, y Marmont no se pudiera retirar detrás del Partha aunque lo intentara, teniendo ya al enemigo encima, y con un solo puente para desfilar al otro lado. Napoleón fué quien puso á Marmont entre Brietenfeld y Lindenthal, creyendo que Blücher estaba todavía lejos: si supiera que se hallaba tan cerca, desde el día antes le situara en el mismo Partha, y de otro modo fuera la concentración bastante y se operara oportunamente. Verdad es que en este caso pudiera ser cerrado el camino de Duben al resto del cuerpo de Souham y al de Reynier; pero, si por esta consideración no había que culpar á Napoleón de nada, tampoco es justo que se censure á Marmont por haber permanecido más allá del Partha, encontrándose de orden superior en aquel punto. Por lo que hace á nosotros, no buscamos sino la verdad, y Napoleón en esta campaña sobresale tan eminente hombre de guerra, aun después de horribles desventuras, que no se comprende cómo se trata de hacer á sus generales cobardes ó traidores, más bien que reconocerle una falta. No sabemos qué pueda ganar con esto la Francia en fuerza ante el mundo, sabiendo el mundo que Napoleón ha muerto y que no ha de volver á la vida. Algo hay que no muere y que no debe morir nunca, y es la Francia: su gloria importa más que la misma gloria de Napoleón. Esto deberían tener presente los que aspiran á dar su infalibilidad por sentada, aun cuando no hubiera para ellos como para nosotros una razón superior á todas las consideraciones patrióticas, la de la verdad, que conviene investigar y dar á luz ante todo. (N. del A.)

librarle, le encerraba por el contrario en los brazos de una especie de pólipa compuesto de enemigos de todas clases. No obstante, para que creyera en una situación tan nueva y tan desconsoladora, se necesitaba que considerara la cosa aún más de cerca. Después de tomar apenas algunas horas de descanso, montó la mañana del 17 á caballo, á fin de recoger el campo de batalla. Lo halló horrible á pesar de que en el curso de su existencia los había contemplado muy espantosos. En todos los semblantes se retrataba una frialdad taciturna. Murat, el mayor general Berthier y el mismo Darú iban en su compañía. Nuestros soldados habían perecido en su puesto, pero también los del enemigo, y si había certidumbre de que no retrocederíamos en una segunda batalla, casi igual la había de que tampoco retrocederían los coligados. Ahora bien: una nueva lucha donde permaneciéramos en nuestro puesto, y donde no ganaríamos otra cosa que mantenernos firmes, viendo estrecharse cada vez más el círculo de hierro formado en rededor de nosotros, y cerrarse una tras otra las avenidas abiertas hasta el presente; una nueva lucha en tales condiciones no nos dejaba más perspectiva que la de las Horcas Caudinas. A todos se les alcanzaba esto, y nadie se atrevía á decirlo. Murat, cuyo corazón excelente buscaba un consuelo que ofrecer á Napoleón, repitió muchas veces que el terreno se hallaba cubierto de cadáveres austriacos, prusianos y rusos, y que nunca, excepto en el Moskowa, se había hecho semejante matanza de enemigos, lo cual era exacto. Pero quedaban muy bastantes, y sobre todo iban á venir de sobra para reparar las brechas de esa muralla viva, que se elevaba poco á poco alrededor nuestro. De consiguiente, no quedaba otro recurso que el de la retirada inmediata por el camino de Lutzen, para no dar lugar á que la avenida de Lindenau se cerrase muy pronto. Paseándose Napoleón á pie con sus lugartenientes, bajo un cielo triste y lluvioso, en medio de los tiradores que apenas disparaban algunos tiros, rendidos como estaban por el cansancio de una parte y otra, pronunció personalmente y antes que otro alguno la palabra de retirada, que no se atrevía á proferir nadie. Se le dejó decir entre un silencio que esta vez equivalía á la aprobación más evidente. Con todo, también la retirada ofrecía graves inconvenientes. Sin mentir, tanto como nuestros enemigos podíamos calificar de victoria la batalla dada, pues de continuo habíamos repelido y arrollado á los coligados sobre el terreno, y hasta les habíamos quitado parte del mismo. No obstante, le daría su verdadero significado, como en Lutzen y Bautzen, la actitud que se tomara al día siguiente. Si nos retiráramos, la batalla sería calificada de derrota. Esto era como confesar de repente á la faz del mundo que se nos había vencido en una decisiva jornada, cuando al revés habíamos abrumado al enemigo en todas partes. De cruel se sentía esta confesión á todas luces, y no paraba aquí todo. ¿Qué iba á ser con efecto de los ciento sesenta mil franceses dejados en Dresde, Torgau, Wittemberg, Magdeburgo, Hamburgo, Glogau, Custrin, Stettin, Leipsick, como base de un edificio de grandeza, que se había hecho gala de poder levantar en una batalla? Entre el número se contaban muchos enfermos, muchos tullidos; pero era posible sacar de estas plazas de ciento á ciento veinte mil excelentes soldados, que, unidos á

los que aún quedaban de nuestros combatientes, harían la frontera del Rhin invencible. ¿Podrían agruparse y formar sucesivamente una masa, capaz de volver á abrir por Hamburgo y Wesel el camino de Francia? Esta era la cuestión magna: ¿tendría bastante talento para concebir este plan, y bastante osadía para ejecutarlo, el general que mandaba en Dresde, siendo el único que se hallaba en proporción de iniciar este movimiento?

Así lo de declararse en retirada equivalía á añadir á la confesión de una derrota una pérdida irreparable, pérdida emanada de una falta enorme, la de haber querido conservar hasta el extremo los elementos de una grandeza imposible de restablecimiento, pérdida en fin desconsoladora, cualquiera que fuese su causa. No se puede censurar á Napoleón por haber consumido en horribles perplejidades el día 17 de octubre, sin juzgar muy superficialmente de los movimientos del corazón humano. Declararse vencido á sí propio en un general encuentro, abandonar en seguida á ciento setenta mil franceses metidos en las plazas del Norte, sin algunas horas de meditación, de sentimientos, de esfuerzos intelectuales, para ver de hallar otra salida, constituía un sacrificio que fuera poco justo pedir á un carácter cualquiera. Además, otro sacrificio cruelísimo había que hacer retirándose sin demora, y era el de Reynier, que á la sazón marchaba cercado de enemigos y que no podía llegar sino en el curso del 17 de octubre. Por tanto urgía necesariamente contemporizar durante la mayor parte de este día. Entonces, después de pasar delante de los ejércitos de los coligados veinticuatro horas, se podría decir que se les había esperado largo tiempo como un desafío, y que, habiéndoles esperado sin fruto se había levantado el campo á fin de volver á ganar una línea más ventajosa. Por otra parte, convenía sobremanera conceder algo de descanso á los soldados rendidos de fatiga: convenía sobremanera dar algún conjunto á los cuerpos desorganizados por el combate, aprovisionar con el gran parque los parques de los diversos cuerpos exhaustos de municiones, cosas indispensables todas, si se tenía encima al enemigo en la retirada.

De consiguiente la sola conducta que acomodaba á Napoleón, y que se debía aconsejarle, era la de esperar un día y levantar por la noche el campo, si bien á condición de abrazarla resueltamente y de prevenirlo todo para que la retirada empezara á la caída de la tarde, y de manera que en la mañana del 18 no tuvieran delante los coligados más que fugaces retaguardias.

Desgraciadamente las perplejidades de Napoleón fueron excesivas. Un inmenso orgullo sometido á la más terrible prueba, y apoyándose á mayor abundamiento para su resistencia en muy fuertes razones, le retuvo todo el día y sin prescribir casi nada. Unas veces solo, otras acompañado de Murat, del príncipe Berthier, de Mr. Darú, se paseaba mustio, caviloso, repitiendo dolorosamente á cada instante que no había otro arbitrio que el de emprender la retirada, si bien no resolviéndose á ponerlo por obra, y complaciéndose en creer que el enemigo, inmóvil durante el 17 de octubre, tampoco le atacaría al día siguiente, y que el príncipe de Schwartzberg, á tenor de una máxima antigua y muy en boga entre los cuerdos capitanes, diría que *á enemigo que huye, puente de plata*. Entonces podría desfilarse por medio de Leipsick de un modo imponente, cam-

biando su base de operaciones, sin ser vencido. ¡Vana esperanza, de que su espíritu sentía necesidad suma y que le alimentó durante algunas horas!

En tal estado ideó hacer que se le presentara Mr. de Merfeld, cogido prisionero en Dolitz el día antes, á quien conocía de antiguo y que era oficial de gran talento. Con arte le quería sonsacar las disposiciones de los coligados, dirigirle ciertas insinuaciones enderezadas á la paz, encargarle hasta de una proposición de armisticio y después volverle á enviar libre al campo de los soberanos para inducirles quizá á perder un día en vacilaciones y provocar de su parte alguna proposición admisible. ¡Véase á qué extremo había venido por consecuencia de negarse á dar oídos á Mr. de Caulaincourt dos meses antes, cuando se negociaba en Praga!

A eso de las dos de la tarde recibió á Mr. de Merfeld, á quien había devuelto su espada (1). Recibióle con cortesía, y le cumplimentó relativamente á la tentativa hecha contra el puente de Dolitz, aunque no con buena fortuna; luego le dijo que en memoria de su mérito, de sus antiguas relaciones con el cuartel general francés, le iba á soltar bajo su palabra, lo cual el general austriaco le agradeció sobremanera. Haciendo girar en seguida la conversación sobre el asunto que le interesaba, preguntóle Napoleón si á la hora del ataque sabían que se hallaba presente en aquellos lugares. Habiendo respondido Mr. de Merfeld afirmativamente, le dijo Napoleón al punto: «¿Conque esta vez me queráis dar batalla?» De nuevo respondió Mr. de Merfeld, con respeto, si bien con energía, en tono afirmativo, porque estaban resueltos á terminar mediante una acción sangrienta y decisiva aquella lucha. Napoleón repuso en seguida: «Pero os engañáis respecto de mis fuerzas. ¿De cuántos soldados creéis que dispongo? — De ciento veinte mil á lo sumo, replicó Mr. de Merfeld al instante. — Pues ved ahí el engaño, más de doscientos mil cuento.» Por lo precedente se conoce cuánto se engañaban ambos interlocutores, bien que por ignorancia el uno y por cálculo el otro. «Y vosotros, añadió Napoleón, ¿cuántos soldados tenéis? — Trescientos cincuenta mil,» dijo Mr. de Merfeld. No distaba mucho de la verdad este guarismo. Habiendo confesado Napoleón que no les suponía tantos, lo cual explicaba, sin duda, la situación en que se había puesto, añadió con sangre fría y aire de buen humor: «¿Y mañana pensáis atacarme?» Mr. de Merfeld contestó con igual aplomo que los coligados lidiarian infaliblemente al otro día, resueltos como estaban á comprar su independencia al precio de toda su sangre. Disimulando Napoleón la impresión

(1) A pesar de hallarse en el cuartel general, ha supuesto Mr. Faiu que Napoleón llamó á Mr. de Merfeld y le restituyó su libertad el 16 de octubre por la noche. Otros muchos escritores han reproducido este error, porque suministra una explicación y una excusa naturalísima en punto á la pérdida del 17. En tal caso Napoleón habría esperado durante este día una respuesta á sus proposiciones. Ahora bien: la publicación de la conversación de Mr. de Merfeld, debida á Mr. de Westmoreland, todavía recientemente embajador en Viena y entonces empleado en la legación británica cerca de los coligados, hace que este error se destruya. En el documento publicado menciona Mr. de Merfeld el día y la hora, y fija su entrevista el 17 de octubre á las dos de la tarde. Como no se puede presumir que tuviera interés en alterar semejante circunstancia, la suposición de los que dan por tenida esta conversación el 16 de octubre por la noche queda destruida con todas las consecuencias que pretenden sacar de ella. (N. del A.)

que le hizo esta especie, varió el giro de la conversación, y dijo á Mr. de Merfeld: «Muy seria se hace esta lucha. ¿No la hemos de poner término? ¿No pensaremos en celebrar la paz? — ¡Ojalá V. M. quiera!, exclamó el general austriaco. ¡Nosotros no queremos otro galardón de nuestros esfuerzos! ¡Por la paz combatimos tan sólo! Si V. M. la deseará, ya la hubiera tenido en Praga desde hace dos meses.»

Alegando aquí Napoleón falsas excusas, supuso que en Praga no se le trató con franqueza; que se obró sutilmente, aspirando á encerrarle en un círculo fatal; que esta manera de tratar no le pudo convenir de ningún modo; que Inglaterra no quería la paz; que llevaba de la mano á Rusia y á Prusia; que lo mismo llevaría al Austria, y que á esta potencia cumplía trabajar por la paz, si la anhelaba sinceramente.

Después de expresar Mr. de Merfeld que hablaba por su cuenta y sin misión que le autorizara, lo cual era exacto, si bien esto no impedía que se hallara al cabo de todo, sostuvo que Inglaterra deseaba la paz; que necesitaba de ella; y que, si Napoleón sabía hacer los sacrificios necesarios á la felicidad del mundo y de Francia, la paz se celebraría sin demora. «Sacrificios, exclamó Napoleón, estoy pronto á hacerlos.» Y para dar á entender que sólo había mostrado empeño por conservar ciertas posiciones de Alemania, á título de rehenes, y para asegurarse de la restitución de sus colonias, añadió estas palabras: «Restitúyame Inglaterra mis colonias, y le restituiré el Hannover.» Habiendo indicado Mr. de Merfeld que esto no era bastante, soltó Napoleón una especie que, pronunciada en el congreso de Praga, cambiara su suerte y la nuestra, diciendo: «Restituiré las ciudades anseáticas, si es necesario...» Desgraciadamente ya era tarde. Kulma, el Katzbach, Gross-Beeren, Dennewitz, Wachau, habían hecho insuficiente este sacrificio. Mr. de Merfeld expresó la opinión de que, para obtener la paz de Inglaterra, habría que consentir en el sacrificio de Holanda. Napoleón alteróse mucho, manifestando que en manos de Inglaterra sería Holanda un medio de despotismo marítimo, pues sabía de fijo que Inglaterra le quería obligar á reducir el número de sus naves. Quizá cruzó por algunos espíritus tan singular idea, pero nunca el gabinete británico la consideró formalmente como proponible. «Señor, dijo Mr. de Merfeld, si pretendéis juntar á las vastas riberas de Francia las de Holanda, España é Italia, como ninguna potencia marítima igualaría así á la vuestra, podría acontecer que se pensara en imponer un límite á la extensión de vuestras escuadras; pero V. M., tan delicado en puntos de honra, sin duda querrá mejor abandonar territorios de que no necesita, que someterse á una condición, de la cual comprendo que rechace hasta la idea.»

De esta entrevista pudo Napoleón sacar en claro que si dos meses antes estuvo en su mano obtener la paz, sacrificando sólo el ducado de Varsovia, el protectorado del Rhin y las ciudades anseáticas, ahora necesitaría abandonar además la Holanda, la Westfalia, la Italia, si bien esta última á condición de que fuera tan independiente del Austria como de Francia. Sin duda con el Rhin, los Alpes y los Pirineos aún quedaba Francia bastante hermosa, y tanto como podía desearse. Al parecer admitió Napoleón acerca de todos estos objetos

que, al celebrarse la paz general, había que consentir en grandes sacrificios, y hasta manifestóse más inclinado á concederlos que lo estaba realmente. Pero la paz le ocupaba mucho menos que la esperanza, vaguísima por desdicha de un armisticio.

A esta conclusión hubiera, querido traer al general austriaco. «No trato, dijo á Mr. de Merfeld, de hablarlos de armisticio, porque pretendéis que soy aficionado á ellos y que constituyen mi táctica militar en parte. Sin embargo, ya ha corrido mucha sangre y va á correr mucha más todavía, y si diéramos un paso atrás todos, los rusos y los prusianos hasta el Elba, los austriacos hasta las montañas de Bohemia, los franceses hasta el Saale, dejaríamos respirar á la pobre Sajonia, y podríamos tratar formalmente de la paz desde esta distancia.» Mr. de Merfeld respondió que los aliados no admitirían el Saale por línea del armisticio, porque esperaban ir hasta el Rhin en el próximo otoño. «¡Retirarme hasta el Rhin! repuso Napoleón con arrogancia: para eso se necesitaría que hubiese perdido una batalla, y aún no he perdido ninguna. Sin duda podrá sucederme, porque la suerte de las armas es variable, muy bien lo sabéis, Mr. de Merfeld (éste fué á implorar armisticios después de Leoben y de Austerlitz); pero aún no me ha sucedido tal desventura, é interin no pierda una batalla no os abandonaré la Alemania hasta el Rhin... Marchad, añadió Napoleón, os concedo la libertad bajo vuestra palabra; es un favor que otorgo á vuestro mérito, á nuestras antiguas relaciones, y si de lo que os he dicho podéis sacar algo para promover una negociación, ó al menos una suspensión de armas que deje respirar á la humanidad, me hallaréis dispuesto á escuchar vuestras proposiciones.»

Esta singular entrevista, en que se ve el arte que Napoleón tenía para dominarse cuando quería, tuvo por objeto, según se adivina, saber á punto fijo lo que podía esperar de los coligados al día siguiente, y dar origen, si era posible, á alguna vacilación entre ellos, pronunciando palabras respecto de la paz que nunca habían salido de su boca. Si estuvieran maltratados como Napoleón los suponía, y maltratados lo estaban mucho, aunque quebrantados de ningún modo, podían hallar en tales palabras los coligados una razón para entrar en parlamentos y Napoleón el tiempo necesario para cambiar de posición.

No hizo el fin del día más que reflejar sobre esta situación nuevas y tristes luces. Se vieron aparecer fuertes columnas por el camino de Dresde, engrosándose las filas del ejército de Schwartzberg de una manera considerable. Desde lo alto de las torres de Leipsick se distinguió á las claras al ejército de Bernadotte, que llegaba por el lado del Norte. Se hallaba el horizonte inflamado por mil fuegos. Casi estaba cerrado el círculo en rededor de nosotros al Sur, al Oeste y al Norte. Ya no había más que una salida abierta, y era la del Este, por entre la llanura de Leipsick, á causa de que hasta entonces no había logrado Blücher extender su brazo hacia el príncipe de Schwartzberg por este punto. Pero la tal salida, única que teníamos expedita, llevaba al Elba y á Dresde, donde no era tiempo de ir ahora. Haciendo Napoleón un postrer esfuerzo sobre sí propio, abrazó al fin el partido de la retirada, partido que le mortificaba cruelmente, no sólo bajo el aspecto del

orgullo, sino bajo otro aspecto de mayor monta, el del cambio de aptitud, y sobre todo el del sacrificio de ciento sesenta mil franceses dejados sin socorro y casi sin medios de salvación junto al Elba, el Óder y el Vístula.

Por desgracia se decidió demasiado tarde y de una manera harto incompleta. En lugar de una retirada francamente resuelta, y calculada por tanto en todos sus pormenores, debiendo empezar la noche del 17 y hallarse terminada el 19 por la mañana, quiso una retirada imponente, que casi no lo fuera, y se ejecutara á la luz del día. Acordó que á mitad de la noche, esto es, á las dos de la madrugada, se retrogradara concéntricamente sobre Leipsick y en el espacio de una legua; que Bertrand con su cuerpo y Mortier con una parte de la joven guardia fueran por Lindenau á asegurarse del camino de Lutzen; que á la punta del día desfilara por dentro de Leipsick un cuerpo tras otro, rechazando enérgicamente al enemigo que se atreviera á atacar nuestras retaguardias. Semejante marcha, sacándonos de una situación falsa, tendría así el aspecto más bien de un cambio de línea que de una retirada.

Aún se creía Napoleón tan imponente que no imaginaba que se pudiera perturbar tal retirada. Aún lo era mucho sin duda, pero contra la pasión embriagada de repentinas esperanzas nada hay imponente, y una pasión de esta clase era la que á la sazón animaba á los coligados. Tales fueron las resoluciones de Napoleón para la noche del 17 al 18 de octubre.

Lo acontecido durante el día entre los coligados, no correspondía á las ilusiones con que había lisonjeado su desventura. Su primera intención fué pelear sin tregua, hacer morir hombres sin tasa, hasta que se hubiera agotado la resistencia de los franceses, y con tal propósito ni aun motivo había para estar quietos. No obstante, las noticias que lograron del Norte de Leipsick les revelaron que el príncipe de Schwartzberg podía entrar en línea, si se le proporcionaba un día más de tiempo. Otra noticia no menos importante les llegó de los alrededores de Dresde. Delante de esta ciudad se habían dejado á la división rusa de Sherbatov y la división austriaca de Bubna sobre la derecha del Elba, y todo el ejército de Benningsen con el cuerpo de Colloredo, á la orilla izquierda del propio río. Cerca de setenta mil hombres eran muy inútilmente empleados en contener á un cuerpo francés, al cual bastaba observar y de quien no había que temer cosa alguna. Habiéndose aprovechado de las lecciones de Napoleón, que enseñó á todos los generales del siglo el arte de reunir sus tropas en el punto donde eran de más provecho, se previno al general Benningsen que dejara el cuerpo de Tolstoy delante de la capital de Sajonia, y marchara sobre Leipsick con el suyo. Igual orden se comunicó al cuerpo de Colloredo y á la división de Bubna. Para la caída de la tarde se anunciaba el arribo de estos cincuenta mil hombres. Cincuenta mil por este lado y sesenta mil por el de Bernadotte, componían un refuerzo de ciento diez mil soldados, de los cuales fuera imprudentísimo privarse. De consiguiente no había para qué mostrarse avaros del tiempo que tan provechoso debía ser para los aliados y tan poco para los franceses, y nada se podía hacer mejor que dilatar un día más el ataque decisivo. Los soldados, que tan valerosamente lidiaron